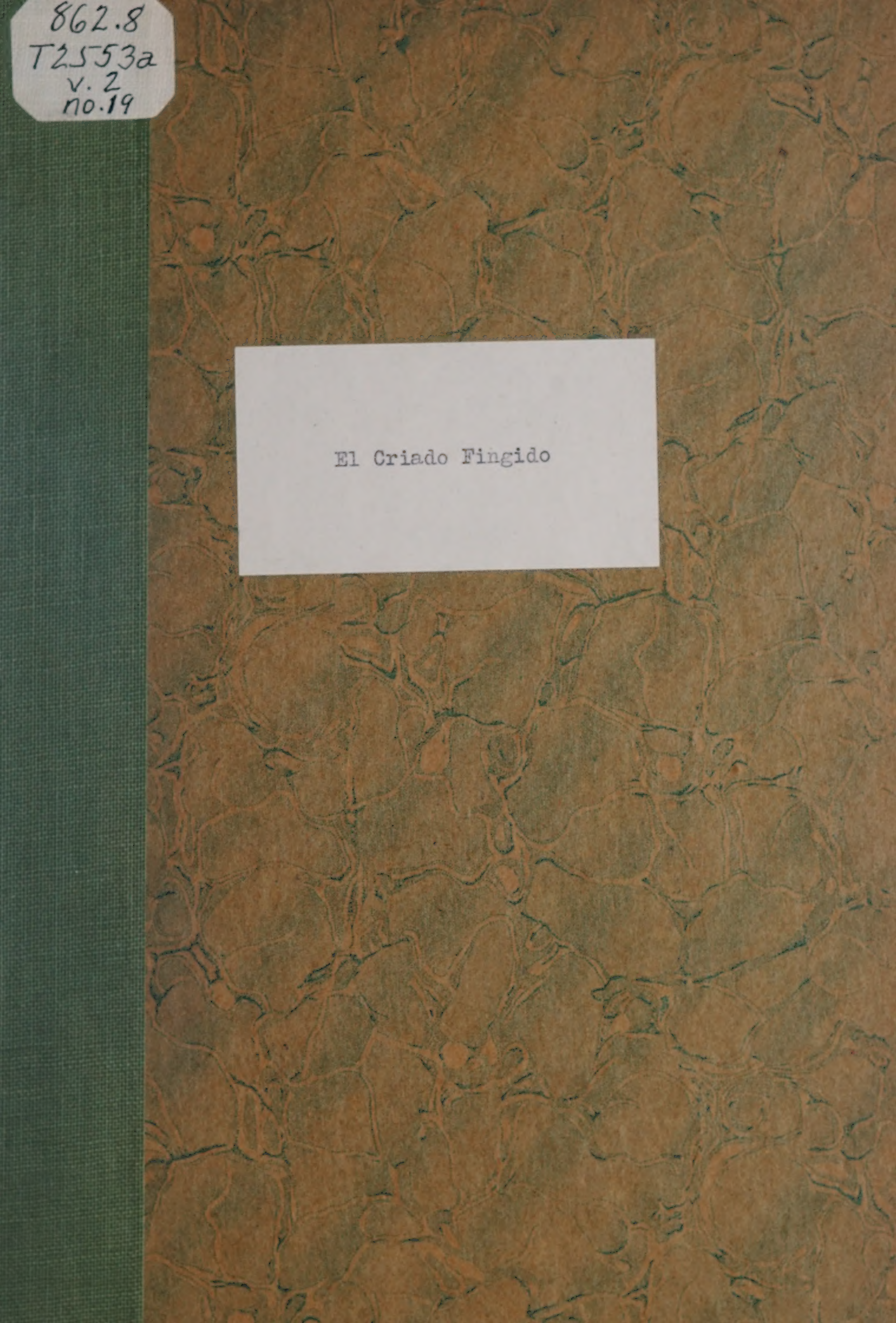
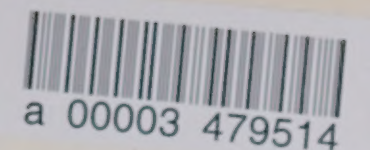

El Criado Fingido



SAINETE NUEVO

TITULADO

EL CRIADO FINGIDO,

POR F. F.

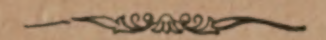


MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.

SAINETE NUEVO

TITULADO

EL CRIADO FINGIDO.



PERSONAS. D. JUAN, padre de ASUNCION. D. CÁRLOS.

El teatro representa una sala lujosamente amueblada.—Aparece Asuncion sentada en un sofá, frente de un espejo.

Asun. ¡Có mo me miraba ayer
aquel noble caballero!
Parece que en él espero
encontrar yo mi placer.
¿Hay cosa más deliciosa,
que cause más alegría,
que sin cesar noche y día
oirse llamar hermosa?
Ya sé que esto es vanidad,
ensueños del corazon;
pero los ensueños son
gratos cual la realidad.
Quince años yo he pasado
en mi tétrico retiro,
y ahora siempre suspiro
porque un jóven me ha mirado.
¿Será amistad, será amor,
lo que siente el alma mia?
Vuelva pronto mi alegría
y huya léjos el dolor.
Cuando salga hoy á paseo,
de mi padre acompañada,
tal vez logre una mirada
del ser cuya imágen veo.
¡Pero siempre aquí metida!
¿Cuándo podré yo salir,
y con mi amante vivir
en una tranquila vida?
De mi padre no me explico
ese afan por encerrarme...
lo que debiera es casarme...
siendo un opulento rico.
Puede unirme con mi dueño,
por quien siento tal pasion...
mas, cállate, corazon,
porque esta idea es un sueño.

Sale D. Juan.

Juan. Asuncion, la peinadora
te aguarda: que tengas seso...
Asun. Bien, papá; mas dame un beso.
Juan. Toma mil (es seductora).
(*Se besan.*)
Mas vete á arreglar te ruego.
Asun. Voy al punto (¡ay si á mi amante
le besára en este instante,
fueran mis besos de fuego!...)
(*Vase.*)
Juan. ¡Cuánto cuesta una mujer!...
Un duro para peinarla;
mil reales para adornarla...

Llaman á la puerta.

¡Mas, llaman! ¿Quién podrá ser?

Abre la puerta: sale D. Cárlos vestido con chaqueta y gorra.

Cárlos. El señor don Juan Tomillos
¿está en casa?
Juan. Sí, yo soy.
¿Qué se ofrece?
Cárl. (Viendo voy
que tiene malos humillos).
Yo, señor, soy enviado
por su primo don Cripin,
el marqués del Espolin,
para ser de usted criado.
Juan. (Empieza á gustarme el mozo).
¿Cuánto salario quereis?
Cárl. El que querais me dareis.
Juan. Admito.
Cárl. (Salto de gozo).
Juan. Nos avendremos no dudo;
mas os quiero yo advertir
que, si aqui quereis servir,
habeis de ser sordo-mudo.
Tengo una hija que es portento
de virtud y de hermosura:
es la mejor criatura
que está bajo el firmamento.
Escuchadme un solo instante
con mucha atencion, buen hombre;
lo que os diga no os asombre,
pues yo hablo claro... adelante.
¿Quereis en mi casa estar?
Cárl. Lo anhela mi corazon.
Juan. Pues debeis sin dilacion
vuestro bigote quitar.
No quiero pelo en la cara
de quien vive junto á mi.
Cárl. (¡Asuncion, lo haré por tí!)
Juan. Es una manía rara.
¿Aceptais?
Cárl. Acepto.
Juan. Pues
ya podeis aquí sentaros;
yo mismo voy á afeitaros.
(Muy humilde el jóven es).
(*Vase.*)
Cárl. ¡Ay, bigote de mi vida!
Por fin te debo perder...
¡Cuánto puede una mujer,
si esta mujer es querida!...
Otro remedio no habrá...
Mas dejar mi cara lisa...
Pero si es cosa precisa
para aquí vivir...

Sale D. Juan con una bacía, jabon y tohalla.

Juan. Ya está.

D. Juan se quita la levita, y pone la tohalla á Cárlos: le remoja y afeita con una navaja de no regulares dimensiones.

¿Hace daño?
Carl. No, señor.
Juan. Ya sé que vais á estar bien.
Carl. (Me toca decir amen
si quiero alcanzar mi amor).

Acaba D. Juan de afeitar á Cárlos, y se lleva los chismes. Cárlos recoje el pelo de su bigote, y lo envuelve en un papel: se mira en un espejo.

Cárl. ¡Qué facha! ¡Jesus qué facha!
¡Qué figura hago más rara
sin un pelo en esta cara!...
¿Mas dónde está la muchacha?

Sale D. Juan.

Juan. Pues ya os hallais admitido,
decidme, ¿cómo os llamais?
Cárl. Cárlos.
Juan. Pues bien, á oir vais
todo vuestro cometido.
Todos los dias temprano,
Cárlos, os levantareis:
á misa con mi hija ireis,
como hacer debe un cristiano.
El mundo lleno de escollos

está ¡es gran desventura!
Vigilad que con ternura
no hablen á mi hija los pollos.
Hoy dia la juventud
sólo piensa en el gozar,
pretendiendo atropellar
hasta la misma virtud.
¡Y lo logra por desgracia!
mas si mucho vigilamos,
que se esparrame evitamos
del veneno la eficacia.

Cárl. Yo por mi parte, señor,
lo que pueda haré.

Juan. Lo creo:
es noble vuestro deseo:
yo os pagaré este favor.

Sale Asuncion bien peinada vestida á la negligé.

Juan. Ven, hija mia, Asuncion:
tu servidor te presento.

Asun. Es jóven muy atento...
(¡Mas... qué tienes, corazon!)

Cárl. Sólo pretendo dar gusto
á mi bella señorita.

Asun. (El corazon me palpita...)

Juan. Bien, Carlos, esto es muy justo.
pero ya podeis venir;
la casa os enseñaré,
y luego despues os diré...

Cárl. (¿Pues qué me querrá decir?)

Cárlos saluda á Asuncion, cuya mútua mirada, encontrándose, hace ruborizar á ésta.—D. Juan y Cárlos se van.

Asun. Corazon, ¿qué tienes, di?
¿Qué te pasa, corazon?
¿A qué viene tu afliccion?
¿Por qué tanto frenesí?
Amar á Cárlos no quiero...
jamas querré yo á un criado;
no tan mal me han educado:
¡si fuese algun caballero!...
Pero y cómo yo lo haré?
El conocerá mi amor...
Pues bien, siempre con rencor,
y séria, le trataré.
Porque... ¡no faltaba más!...
Pero .. mi pecho suspira...
Cárlos es, si bien se mira,
hombre como los demás.
Pero ¡ca! gasta chaqueta...
si al ménos fuese levita...
Esta idea, sí, me irrita.
Pues bien, voy á ser coqueta.
Gasta gorra, no sombrero;
en vez de botas zapatos...
no, no quiero entrar en tratos
con quien no es caballero.

Sale Cárlos.

Cárl. Señorita ..

Asun. ¿Qué quereis?
(*Con enojo.*)

Cárl. A saber órdenes vengo.

Asun. Ninguna que daros tengo:
marcharos de aquí podeis.

Vase Cárlos: pero se esconde en la alcoba, haciendo como que arregla los muebles.

Asun. ¿Qué es esto que por mí pasa?
¿Qué siento yo en mi interior?
Es el fuego del amor
que mi corazon abrasa.
Olvidar no puedo ya
su imágen fascinadora;
mas, que mi pecho le adora,
jamás por mí lo sabrá.
Tal vez él se burlaria
de esta mi debilidad...
¡Quién sabe si mi beldad
tambien le enamoraria!
Pero... y aunque fuese así,
¿qué alcanzaré? nada, nada;
aunque por él fuese amada
no cesára el frenesí.

Sale D. Juan.

Juan. Asuncion...
Asun. Papá...
Juan. ¿Qué tienes,
que estás tan descolorida?
Asun. Es que me encuentro aburrida.
Juan. Ideas tristes mantienes,
y ellas te harán padecer:
Asuncion, ya niña no eres.
Asun. (Quisiera gozar placeres,
porque al fin... ya soy mujer.)
Estoy ya más aliviada.
Juan. Tú no me engañas á mí:
dime lo que pasa en tí.
Asun. Papá, si no tengo nada...
Juan. Hija mia, ya te creo:
harás lo que te convenga.
Arréglate, y cuando venga
nos irémos á paseo.

D. Juan toma el baston y el sombrero, y dando un beso á Asuncion, se va.

Asun. Gracias que sola me quedo;
así podre cavilar:
á Cárlos quiero olvidar;
pero, Dios mio, no puedo.
¡Ya se vé, si es tan hermoso,
tan galante y tan apuesto!
Pero, corazon, ¿qué es esto?
te has vuelto muy generoso.
Mas, si se parece tanto
al jóven que me miró...
No tengo la culpa yo
si mis ojos vierten llanto. (*Llora.*)
¡Cuánto daña al corazon,
amor mal correspondido!...

Asuncion se sienta en el sofá reclinada y con la cabeza apoyada en la palma de la mano; sale Cárlos, y se arrodilla á sus piés.

Carl. Aquí á tus piés, Asuncion,
me tienes.
Asun. Alza, atrevido,
castigaré tu insolencia.
Cárl. Escúchame por piedad:
me enamoró tu beldad.
Asun. Márchate de mi presencia.
Cárl. Asuncion, oye con calma...
Asun Cárlos, no te quiero oir.
Cárl. Lo que te voy á decir
es el lenguaje del alma.
Yo soy todo un caballero,
Marqués de Casa-rumiantes:
gasto botas, gasto guantes,
gasto frac, gasto sombrero.
Yo me enamoré de tí,
y para poder hablarte...
Asun. Tuvistes que disfrazarte...
Ven, Cárlos, ven junto á mí...
(*Con mimo.*)
Cárl. Cuando un hombre como yo
se rebaja de su estado
hasta servir de criado,
es que Cupido le hirió.

Siéntase Cárlos al lado de Asuncion, y le coje las manos.

Cárl. Y es tan profunda la herida
que tengo en mi corazon,
óyeme bien, Asuncion,
que acabará con mi vida.
Si no me puedes amar,
claro lo puedes decir:
nada me importa el vivir
si no te puedo lograr.
Dime una palabra sola
negativa con presteza,
al momento mi cabeza
me abro con esta pistola.

Cárlos se aplica una pistola á la sien: Asuncion le retira el brazo con cariño.

Asun. ¡Ay Cárlos, si esto es verdad,
volverá en mí la alegría:

tuya será noche y dia
mi poca ó mucha beldad.
Tú serás, mi dueño amado,
Cárlos mio cariñoso,
de esta infeliz tierno esposo...
Cárl. Soy el más afortunado.
Ya no nos separaremos,
yo te lo juro, Asuncion:
los dos en un corazon
para siempre viviremos.
A tí el mio te daré:
el tuyo, mio será:
ni el tiempo romper podrá...

Abrázanse los dos, y en esta postura les encuentra D. Juan, que sale de repente, quien se queda como el que vé visiones.

Asun. ¡Mi padre!...
Cárl. Tu padre .. ¿y qué?
Juan. ¿Qué es esto?
Cárl. Nada, señor...
Juan. ¿Cómo, nada?
Cárl. Lo repito.
Juan. Pues sepa usted, señorito,
que es usted un seductor.
(*Con cólera.*)
Cárl. Pues lo tomais tan formal...
Juan. La paciencia se me acaba...
Cárl. Os diré que le enseñaba
física esperimental.
Juan. Cárlos, eres un tunante...
Cárl. Señor, no me causa pena,
porque sé que es obra buena
enseñar al ignorante.
Juan. Tanta cháchara acabemos.
Cárl. Soy de la misma opinion.
Juan. Explícate, en conclusion,
á ver si nos entendemos.
Cárl. Es muy fácil.
Juan. Pues empieza.
Cárl. Como usted guste, señor:
por Asuncion siento amor...
Juan. Vaya que eres buena pieza.
Cárl. Basta ya tanto rodeo:
si las cosas tan bien van,
esto acabará, D. Juan...
Juan. ¿En qué?
Cárl. En un himeneo.
Juan. Luego lo vereis, tunantes;
os habeis de mí burlado...

Levanta el palo, y Asuncion le detiene.

Asun. Es el señor, no criado,
marqués de Casa-rumiantes.
Juan. Señor marqués...
Cárl. ¿Qué se ofrece?
Juan. Os ruego me perdoneis.
Cárl Cuando el permiso nos deis,
entónces.
Asun. (Más mi amor crece).
Juan. Lo doy en este momento.
Cárl. ¿Tú qué dices, Asuncion?
Asun. Que es tuyo mi corazon...
Juan. Salto y bailo de contento...
Todo un marqués hoy se casa
con mi hija; ¡famosa boda!
Público, si te incomoda
retírate ya á tu casa.
No es justo que dos casados
pasen tan solemne dia
su conyugal alegría
por curiosos vigilados.
Sé tú feliz, Asuncion;
sélo tambien tú, marqués:
sea para siempre, pues
feliz vuestro corazon.
Cárl. Papá-suegro...
Juan. ¿Qué quereis?
Cárl. Una cosa no muy rara...
que tener vello en la cara
me permitais. Ya lo veis,
es una vision ridícula
tener el rostro pelado...
Juan. Aguarda, marqués amado,
á que pase la Canícula.
Si deseais saber el dote...
Cárl. ¿Para qué lo he de saber?
He ganado una mujer,

y he perdido mi bigote:
lo que perdí, volverá,
porque mi cara Asuncion,
con besos de su pasion,
de bello me llenará.
Es un ángel mi mujer,
mejor diré, mi Asuncion,
es su amante corazon
una fuente de placer.
Para ahuyentar el dolor,
para calmar el quebranto,
para enjugar nuestro llanto
no hay cosa como el amor.
Sin él, ¿que seria el mundo?
Sólo un árido desierto,
una masa, un cuerpo yerto,
un malestar muy profundo.
Jamás habria union
en esta mísera tierra,
pues solamente ódio y guerra
ocupára el corazon.
Es una chispa el amor,
del Eterno desprendida;
es el iman de la vida,
néctar vivificador:
es quien nuestras penas calma,
la atmósfera purifica;
es la perla que hay más rica;
es el rocío del alma.
Público, oye por favor:
somos frágiles criaturas,
cuando tantas mil locuras
obliga á hacer el amor.
¿Vámonos, esposa amada?

Asun. Donde quieras, tierno esposo.
Mas fuera yo afortunada
si el público generoso
dispensára una palmada.

Cárl. Sin duda te la dará
con mucha facilidad,
¿pués quién á tanta beldad
nada negarle podrá?



